

ALFREDO DE MUSSET

ROLLA

TRADUCCION DE

RODOLFO RIVAROLA



1048

BUENOS AIRES

Imp. Libr. y Litog. *La Patria*: Cuyo 79

—
1879



BIBLIOTECA
RAFAEL ALBERTO ARRIETA

I.

¿Llorais el tiempo en que jiraba el cielo
Por la turba de dioses animado;
En que Vénus nació del mar salado,
Y torciendo el cabello regó el suelo
Que fué por claras perlas fecundado?
¿Llorais el tiempo en que lasciva ninfa
Al sol entre las flores se bañaba
En el cristal de la dormida linfa,
Y en la orilla riendo provocaba
Al indolente fauno que yacia
Oculto en el juncal que se mecía;
En que la fuente estremecerse quiso
Al beso de Narciso;
En que bajo su manto ensangrentado,
Hércules hizo la justicia eterna
Recorrer lo creado;
En que el burlon Silvano, de la encina
Que la ancha copa al raudó viento inclina,
Remedaba los cantos del viajero;
Que fué divina hasta la humana pena;
Que el mundo amaba lo que el hoy condena;
Que hubo miles de dioses, ni un ateo;
Dichas que desdenaba Prometeo,
Hermano de Satan aborrecido,
Que escuchó la soberbia y fué vencido?

—Y cuando cambia todo, tierra y cielo,
Y es tumba lo que fué del mundo cuna,
Y de negra avalancha el denso velo
Como huracán veloz del Norte asoma
Siendo mortaja funeral de Roma;—

¿Llorais el tiempo en que de un siglo bárbaro,
Mas fecundo surgiera un siglo de oro;
En que el viejo universo con la frente
Quebrantó como Lázaro
La piedra de la tumba bruscamente?
Llorais aquel de la leyenda antigua
Que hacía un mundo encantado alzaba el vuelo;

Que todo monumento y toda creencia
De la virginidad llevaba el velo;
Que todo bajo el Cristo renacia;
En que el palacio real y la cabaña
Del sacerdote alzaban en sus frentes
La misma cruz al cielo en la montaña;
En que, sobre los pueblos prosternados,
De los siglos nacientes
Entonaban hosana,
Sobre su pétrea veste arrodillados,
Soberbios templos de la fé cristiana;
Tiempo en que fué lo que narró la historia;
Que el crucifijo de marfil abría
Sus albos brazos con serena gloria;
En que la vida juventud gozaba
Y la muerte esperaba?

Añoranza del pasado/
Ospina: vivir sin pensar en la historia
como algo que ya fue.

— Jamás ¡oh Cristo! con mi ruego acudo,
Trémulo el paso, hasta tu templo mudo;
No soy de los que van á tu Calvario
A besarte los piés, golpeando el pecho;
Yo no me inclino bajo tu santuario.
Si en la bóveda oscura
La arrodillada multitud murmura
Al viento de los cánticos sagrados,
Cual se inclinan jimiendo los juncos
Al soplo de las brisas boreales.

¡Cristo! No creo en tu palabra santa:
Tarde á un mundo decrepito he venido.
Este siglo, sin fé que hoy se levanta
De otro sin esperanza engendro ha sido;
Los cometas del nuestro
Despoblaron el cielo; y el acaso
Al arrancar los mundos de sus sueños
Con ellos en la sombra mueve el paso;
De los antiguos tiempos el espíritu
Tus mutilados ángeles arroja
Al bátrax profundo;
Y ya el clavo del Gólgota se afloja;
¡Tu gloria ha muerto, Cristo!
A tu sepulcro el suelo se sustrae,
Y sobre nuestras cruces de madera
Tu cadáver celeste en polvo cae!

¿Que besar ese polvo se permita
A este hijo sin fé de un siglo incrédulo,
Y que llorarte en una tierra quiere
Que vivió de tu muerte y sin ti muere!
Y ahora ¿quién le volverá la vida?
Por su salud tu sangre fué vertida;
Ah! ¿quien hará, Jesus, lo que tu hiciste?
Y á estos viejos que ayer hemos nacido
¿Quien nos dará el vigor que tu nos diste?

Tan viejos como cuando tu naciste
Mas de lo ya perdido aún esperamos;
Otra vez frio y lívido encontramos
El cadáver de Lázaro estendido
En ataúd inmenso.
¿Donde hay un salvador que abra una tumba?
¿Donde el viejo San Pablo que suspenso
Un pueblo entero á sus harapos tiene?
¿Do el Cenáculo está y la catacumba?
La ígnea aureola ¿con que frentes viene?
¿Do caen de Magdalena los perfumes?
¿Dónde una voz hoy vibra sobrehumana?
¿Cual de nosotros será Dios mañana?
Vieja la tierra está, y dejenerada
Mueve una frente tan desesperada
Como cuando San Juan en la ribera
Nuevo aliento le diera,
Y del apóstol al hablar sereno
Sintió la moribunda
Que un orbe nuevo se agitó en su seno.

De Claudio y de Tiberio ha vuelto el día;
Duerme todo como ántes la agonía;
Harto Saturno está de beber sangre
Y la esperanza humana,
Seco el seno que tanto ha amamantado
En la esterilidad reposo ha hallado.

II.

Era Santiago Rolla el pervertido
 Mayor de la ciudad mas pervertida,
 Donde el vicio gozó mas larga vida
 Y á menos precio al libertino ha sido,
 Quiero decir Paris.—En las tabernas,
 A la luz de las pálidas linternas,
 Jamas se vió una tronera mas indócil,
 A una mesa de juego reclinado
 Con la mirada atenta sobre el dado.

Rolla dejó el gobierno de su vida
 A todas pasiones; la miraba
 Como el pastor atónito contempla
 Las olas pasajeras;
 Vivian, y su cuerpo sustentaba
 Las pálidas viajeras,
 Que ora para romper lechos y muros
 Buscábanse en los ámbitos oscuros,
 Ora para rasgarse las entrañas
 Como los ciervos en celosa pena,
 O como gladiadores en la arena;
 Ora para cantar sus alegrías
 Como al ligero saplo de los vientos
 Reúnense los pájaros contentos
 Hallando apenas para veinte amores
 Un solo arbusto coronado en flores.

Imbécil gentilhombre fué su padre,
 Enseñándole á ser rico heredero,
 Sin recordar primero
 Que él mismo en su villóriro allá perdido
 Habia en parte su heredad comido.

Sin tener veinte años se vió Rolla
 Ya dueño de sí mismo y soberano :
 Un ignorante sin oficio á mano
 Al que imposible fuera
 Desempeñar una misión cualquiera,

Ni aún la de lacayo; y satisfecho
De su suerte riendo siempre un noble
Fué tal como su Dios lo habia hecho.

De su tarea eterna fatigado
Hércules, cuentan que sentóse un día
Entre una doble vía,
Y al ver que Vénus le llamaba hácia ella
A Minerva siguió por ser mas bella:
No es bello el mal ni el bien en nuestros días,
No es nuestro tiempo el que se para y piensa;
Recorrieron los siglos el camino
Tras si dejando soledad inmensa.

Rolla fué cual sus padres. Veis primero,
Cuándo llegais á populosa villa,
El cementerio, el muro, el matadero,
Y de la sociedad en los umbrales
Solo hallais los inmundos albañales;
Bajo triple muralla
Santa virginidad oculta se halla,
Hoy que el pudor se cubre
Besa la corrupcion en pleno día
A la prostitucion; y hoy rechazan
Los hombres de su seno
Al que en inmundo cieno
El acero sagrado no haya hundido,
Para luchar con ellos recibido.

Era Rolla leal, soberbio, altivo;
La costumbre, trivial, le repugnaba,
Y así, feliz ó nó, siempre guardaba
Para sus propios dioses protectores
La audacia y el orgullo
Sus hermanos mayores.

Juntó su capital; vivió tres años
Sin importarle el mundo ni sus leyes;
Jamás hácia los pueblos y los reyes
Nadie con un desprecio mas profundo
Recorriera los ámbitos del mundo.

Miraba con soberbia indiferencia
La mascarada cruel de la existencia :
Cual la túnica de oro de Alcibiades,
De su orgullo arrastró la vestidura
Desde el palacio á la cloaca impura.

Nadie ignoró jamás que en los tres años
Por derrochar su bien se diera amaños ;
El mundo sonreía al contemplarle,
Y él decia, viviendo de esta suerte :
Tras el último real, venga la muerte !

Era noble y pueril como la infancia,
Cual la piedad, y la esperanza grande ;
Su pobreza negó con arrogancia,
Sus armas que exedieron á su talla
Sirvieron para un día de batalla
Que pasó brevemente
Como una noche del estío ardiente.

Cuando el salvaje potro del desierto
Tras cruel fatiga con anhelo espera
Beber la fresca lluvia en la palmera,
Y esta desprende bajo un sol á plomo
De sus ramas la larga cabellera,
El rebusca su algibe en el desierto
Y encuentra seco por el sol su fondo,—
Con el ojo entreabierto
Roncan sobre peña reclinados
Leones erizados ; —
Vacila y hunde las sangrientas fauces
En la arena caliente,
Y ésta bebe su sangre ávidamente;
Entonces él desmaya, y apagada
La vida en su mirada,
Triste el desierto sobre su hijo posa
De su mortaja la onda silenciosa.

El quizás ha ignorado
Que inclinando la frente, y que siguiendo
La caravana que al pasar huyendo
Reposo bajo el plátano ha tomado,

En Bagdad hallaría fresco techo,
Dorados frenos y floridas mielgas
Y pozos cuyo lecho
Jamás el cielo ha visto.
Si Dios del mismo todo nos ha hecho
Habrá amasado con estraña arcilla
Bajo el rayo de un sol siempre irritado
El águila gigante y la avecilla
Que no abatiendo ni alas ni cabeza
Tienen la *libertad* por su riqueza.



¿Acaso es sobre estatua ó sobre nieve
Que la dorada lámpara ilumina
El ondulante azul de esa cortina?
¡Nunca el mármol ostenta esa blancura
Y la nieve es mas pálida!
Una niña es que duerme, y con dulzura
Entreabre su labio, que suspira
Mas suavemente que las verdes algas
Si por la tarde el céfiro que jira
Sobre la mar serena,
Desmayando sus alas perfumadas,
Al beso ardiente de la flor querida,
Bebe las perlas al juncal atadas.

Bajo el espeso cortinado duerme
Una niña de quince primaveras;
Es casi una mujer: aun las primeras
Líneas de la niñez conserva; duda
El querub que vigila su reposo
Si es su hermano ó su esposo;
Cúbrela su esparcida cabellera,
Y en la cruz del collar puesta su mano
Recuerda la oracion recién alzada,
Que elevará de nuevo en la alborada

¡Contempladla dormida! ¡Qué nobleza
En la cándida frente! Vertió el cielo
El mas casto pudor en su belleza;

Duerme en completa desnudez; palpita
Bajo su mano el corazón ¿Incita
Sus encantos la noche y la embellece?
¿O es que el nocturno Espíritu
A la trémula luz que la rodea
Bajo su negro manto se estremece?

No del monje enclaustrado el paso lento
Tan sagrado terror al alma inspira
Como el leve rumor si ella suspira.
Contemplad adornando ese aposento
Libros, un bastidor, palma bendita
Al pié del santo crucifijo atada.
¿La rueca no buskais de Margarita
En esta melancólica morada?
¿No es de la pura infancia ese reposo?
El amor de una virgen ¿no es piadoso
Como el amor celeste? Cerca de ella,
Al aire que respira ¿no se siente
Estremecerse el ala del celoso
Serafin que la vela complaciente.

Si no tu madre tierna, blanca niña,
¿Qué mujer á tu lecho reclinada
La hora observa y el hogar ardiente
Y mueve inquieta la rugosa frente?
¿A quién ya tarde espera?... Si es tu madre
¿Por quién la puerta y el balcon ha abierto
Si no es por tu padre?
¡Tiempo há, María, que tu padre ha muerto!
Esas botellas y esa mesa humeante
¿A quien prepara con su propia mano?
¿A quien espera tanta luz? ¡En vano!
Duermes, sea quien sea, no es tu amante!
Puro como del alba los fulgores,
El sueño de tu noche es siempre santo
Y aún no sabe murmurarte amores.
¿De quien es pues el empapado manto
Que enjuga esa mujer? ¡Es de una niña!
¡Es el tuvo Marial! Tus cabellos
Empapados están! Tus siempre bellos
Brazos y rostro de color de rosa,
De violado color hanse cubierto....
¿Dónde ibas en la noche tempestuosa?
Oh, no es tu madre esa mujer, por cierto!

Silencio!....Se oye hablar....Desconocidas,
Entreabriéron la puerta unas mujeres,
Y otras pasaron casi desvestidas,
El cabello en desórden....Junto al muro
Cruzando van el corredor oscuro;
Una luz se movió: restos de orgía
En el salon lejano celebrada
Y rotas copas y manteles rojos,
Se vieron al fulgor de luz incierta;
Luego, tras espantosa carjacada,
Cerraron con estrépito la puerta.

Ha sido todo una vision, Maria,
Un sueño de la loca fantasia;
Todo reposa ya,—tu madre es esa,
Tu corazon que de latir no cesa
Con tan casto rubor tiñó tu frente;
Oleo y perfumes de las flores era
Lo que hizo así lucir tu cabellera.

Silencio! Que alguien llama y estremece
Un retumbante andar la noche sola,
Y una luz con dos sombras aparece....
Tú! ¿Qué buscas aqui, pálido Rolla?

¿No ansiabas, Fausto, abandonar la tierra
En la noche en que el ángel maldecido
Bajo su manto, como sombra leve,
Te levantó á sus plantas suspendido?
¿No gritabas tu último anatema
Cuando al rumor del cántico sagrado
Tanto te estremeciste?
En tu blasfemia postrimer ¿no heriste
Tu frente contra el muro destrozado?
Tembló en tu labio el matador veneno.
La muerte, que en tus obras te seguía,
Con la espiral sin fin de tu suicidio,
Hasta el fondo bajando te envolvía.

Y ya muy viejo para abrirse, rómpese
Tu duro corazon. como la roca
Que el invierno agrieta, cuando toca
Oh! viejo ateo el fin de tu existencia
Y ves tronchado el árbol de tu ciencia.

El ángel de la muerte con sorpresa
Vió que, para venderte al condenado,
La última gota de tu sangre impura
Arrancaste á tu brazo descarnado.

Oh! ¿sobre qué oceano, ó gruta oscura,
En qué bosque de álces ó de olivos,
En qué nieve del alto ventisquero
Soplan tan puras brisas en la aurora,
Pasa un viento ligero
Tan impregnado en llanto
De lágrimas del cielo lisonjeras,
Cual eso que tu frente encanecida
Besó, cuando en el manto
De una niña de quince primaveras
Te dejó el cielo recobrar la vida?
¡Quince años! ¡Oh Romeo!
La edad de tu Julieta encantadora,
La edad en que os amabais, que en la aurora
En la escala de seda suspendidos,
Al canto de la alondra, el manso viento
Mecia vuestra eterna despedida,
Vuestros besos sin trégua de un momento.
Celeste edad que el árbol de la vida
En el oasis tibio, embalsamado,
De mirra y ambrosia
Baña el fruto dorado,
Palmera que en los suelos del Oriente
Perfuma con sus hojas el ambiente.
La edad que fué de la mujer primera
Cuando Dios la formó, tanto tesoro
De pureza y virtud vertiendo en ella;
Y su padre inmortal la vió tan bella
Que dió su edad á sus falanjes de oro.

¿Porqué las flores del Eden ajaste,
Eva indolente de cabellos rubios,
Y á tu fatal destino te entregaste?
Hiciste un Dios mortal y mas lo amaste.
Si pudieran volverte el cielo ahora,
De nuevo lo perdieras.
Tú sabes que á ti solo el hombre adora;
Con él el Paraíso dejarías;
Sobre su corazón acongojado
Para darle consuelo morirías.

Rolla allí contemplaba melancólico
A la hermosa Marieta que dormía,
Y algo quizás horrible, algo diabólico
A su pesar estremecer le hacía.
Había su postrer doblon gastado
En comprar la beldad provocadora,
Y á sus amigos con desden jurado
Hallar la muerte al despuntar la aurora.

¡Los tres años mas bellos de su vida,
Tres años de embriaguez y de delirio,
Toda la hermosa juventud, perdida
Como sombras de un sueño,
Como el canto de un ave pasajera!
Y esa noche de muerte—la postrera—
Esa en que el que agoniza, una plegaria
Levanta con los labios ya sin vida,
Y tan cerca vé á Dios el condenado
Que se cree de sus culpas perdonado,
Rolla, cristiano y hombre, la pasaba
Con una prostituida;
Y aquel ser miserable,
Hebra de inmunda escoria, deleznable,
Era una niña que con sueño incierto
¡Ay! le esperaba en su ataúd abierto!

Prostituir la niñez! ¡Cáos monstruosos!
¿No sería mejor, sobre ese lecho
Ver que una hoz segara el cuerpo hermoso
Y ese cuello de mármol trizas hecho?
¿Mejor no fuera sepultar su cara
En máscara de cal, que no el sereno
Arroyo que las flores reflejara
Y la dorada estrella que pasara,
Del infierno manchar con el veneno?

Oh! qué beldad espléndida! Oh natural!
¡Qué primer beso Amor esperaría!
Flor abierta, la célica hermosura
¡Qué frutos no daría! ¡Qué luz pura
En esa casta lámpara ardería!

¡Oh, Miseria, eres tú la cortesana
Que hasta ese lecho un ángel ha empujado
Que Grecia diera al templo de Diana!....
Observa que al dormirse ella ha rezado.....

Ha rezado!....Mi Dios! En esta vida
Preciso es que ella te conjure y ruegue:
Murmurando en el viento tú has venido
En los sollozos de un amargo insomnio,
A decir de su madre en el oído
Una noche de cielo placentero:
“ ¡ Tu hija es bella y virgen, y en el mundo
Se cambia todo eso por dinero!”
Tú la lavaste para ir al Sábado
Cual los muertos se lavan
Antes de colocarlos en la tumba,
Y esta noche fatal, cuando cruzaban
Relámpagos el cielo,
Tu corrias debajo su pañuelo!

¡Quién sabe que destino le esperara
Si un pedazo de pan no le faltara!
De impúdica mujer no era esa frente
Ni impuro gérmen hubo en esa aurora;
Sus sentidos el sueño complaciente
Dormían de la edad encantadora.
Ah! su degradación fué la miseria,
No el oro ni el amor. —Así tendida,
De ese esplendor en la monstruosa afrenta,
En ese infame lecho, ella la vida
De una madre sustenta!

¡No le tienes piedad, mujer de mundo,
Que feliz vives en horror profundo
De todo el que no es rico y dichoso!
¡Ni la compadeceis, madres prolijas,
Que ocultais bajo llave vuestras hijas
Y un amante en el lecho del esposo!
Hablaís de vuestros poéticos amores,
Fuente de dulces dichas —sois honradas;
El espectro del Hambre no habeis visto
Alzar, cantando, vuestros cobertores,
Y su pálido labio al vuestro opreso
Pidiendo por un pan, ardiente beso.

Siglo en que vivo! ¿Se hizo en otros siglos
Lo que hoy se ve? ¡Torrentes impetuosos!
Llevais al mar cadáveres monstruosos

Que flotan en silencio; —y este mundo
Viendo la humanidad que vive y muere,
En torno al sol repasa su carrera;
Mas rápido ascender á Dios no quiere,
Para que Dios nuestro clamor oyera.

Y bien, si esto es así, desnudo el seno,
Levántate ya, hermosa prostituida;
Vuélcase el vino ya del vaso lleno,
Y en el espejo de cristal sereno
Mece la brisa el blanco cortinado.
¡Espléndida es la noche, y la he pagado!
Menos terror el Cristo sentiría
En la cena postrer, que hoy yo alegría.
¡Viva amor que á los ébrios acompaña!
¡Sabor del rico vino de la España
Tenga tu beso ardiente!
¡Que un vértigo de orgia nos presente
Al ángel del placer entre sus brazos!
A Baco, y al amor, y á la locura,
A la muerte y la vida ¡ea! cantemos.
¡Al tiempo, que huye siempre con premura!
¡Bebamos y olvidemos!
¡Viva la libertad y la riqueza!
¡Viva la noche, el vino y la belleza!

IV.

¡Duermes contento el sueño de la muerte,
Voltaire, y tu sonrisa
Aún vaga en tu esqueleto descarnado?
Jóven para leerte
Dicen que fué tu siglo; ya han nacido
Tus hombres; puede el nuestro complacerte.
Cayó sobre nosotros desplomado
El inmenso edificio que zapaste
Con tus manos enormes, noche y día;
La Muerte, en que ansiedad te esperaría
En los ochenta años que la amastel
¡Con qué amor infernal te le entregaste!

¿El tálamo nupcial nunca abandonas
Donde, entre los gusanos del sepulcro
Os abrazais, para pasear tu frente
En claustros y castillos derrumbados?
¿Qué te dicen entonces esos cadáveres,
Esos muros y altares desolados
Que para siempre despobló tu aliento?
¿Qué te dicen las cruces? ¿Qué el Mesías?
¿Aún está sangriento
Cuando á sus ramas trémulas acude,
Para arrancarlo como flor marchita,
En la noche tu espectro y lo sacude?
Tu mision has cumplido dignamente,
Y si, cual Dios en la primer aurora,
Piensas que es bueno tu trabajo ahora,
Al festín de mi huésped te convidó,
Puedes ya levantarte,
Que á alguien cena esta noche, á cuya mesa,
Como el Comen lador, podrás sentarte.

Suspiran los dos niños que se abrazan.
¿Ves? sus desnudos brazos se entrelazan,
Parece un solo cuerpo
A la vez por dos vidas animado;
Las quejas, los sollozos inauditos
Estremecen sus labios insensatos;
El Placer al besarlos se ha pasmado;
Al oírlos tan jóvenes y bellos,
Cual pabellon espléndido de oro
Debiera el cielo descender sobre ellos
Contempla! . . . ni se aman, ni han amado! . . .

¿Do aprendieron á hablar con tal encanto
Frases que á balbucear apenas llega
La voluptuosidad en medio al llanto?
Mujer! joya de dicha ó de suplicio,
Estraño altar en cuyo sacrificio
Una vez blasfema, otra se ruega,
¿En que éco viven esas frases tiernas,
Sin nombre, dime, y sin embargo eternas,
Que han sido siempre á la razon agravios,
Y há miles de años brotan
En los amantes lábios.

Nada de amor!.... Profanacion!... Dos ángeles,
Dos almas que llevarán los arcángeles
A Dios, tanta beldad reunida viendo,
Nada de amor!... la noche que murmura,
El hálito que gime, y la natura
Pálida de placer, placer bebiendo....
Búcaros y perfumes humeantes,
Besos sin cuento, y puede ser! ay triste!
Un desgraciado mas que, maldiciendo,
Verá llegar la aurora...
¡En vez de amor, su sombra engañadora!

— Bóvedas del convento, cláustros graves,
Cuánto sabeis amar, sombrías cuevas!
¡Son vuestras piedras, vuestras frias naves
Que no ha tocado un labio sin espasmo!
Abrid de nuevo vuestro seno oscuro
Para esos niños que el placer pervierte
En el lecho del sueño ó de la muerte;
Heridlos sobre vuestro santo muro,
Bañad su frente en aguas bautismales,
Decidles cuanto deben la rodilla
Arrastrar en las piedras sepulcrales
Antes que puedan sospechar que aman
Con vuestro intenso amor que no mancilla.

Bebiste inmenso amor en vuestros cálices,
¡Oh monjes misteriosos! Y la frente
Del Salvador en torno vuestro erraba
Cuando el sueño los párpados cerraba;
Al gemido del órgano en la aurora
Aún en los cristales lo buscabais,
¡Oh, cuán felices erais porque amabais!

¡Contempla, viejo Arouet, de vida lleno
Ese hombre que besa el albo seno
Y que mañana dormirá en la fosa! ¿Melancolía?
¿Acaso le codicias? Te ha leído,
Pierde cuidado. Nada á darle alcanza
Ni consuelo, ni lumbre de esperanza;
De Santiago dirán que un sabio ha sido
Si es ciencia no creer; sin profanarlo,
Podrás á tu sepulcro
Esta noche arrastrarlo.

Si un átomo de fé le retuviera,
¿Crees tu que su muerte
En este lecho á prostituir viniera?
Su muerte! . . . Hazle creer que solo un paso
Es al sitio de horror mas espantoso,
Que él no flaqueará; como un esposo
Levantará la jóven prometida
Y al cielo verá alzar su vuelo en calma
Llevando á Dios la llave de su alma.

Voltaire! Esa es tu obra, ese es el hombre!
Tal como lo has querido;
Solo es hoy que se muere de ese modo;
Sobre el muro de Roma derruido
Bruto exclamó: "Virtud, eres un nombre,
Cuando, perdido todo,
Su amada libertad, sueños dorados,
Patria y gloria, su sangre y sus soldados,
Y su Porcia y su Casio, ya no pudo
Tener mas fé en las cosas de este suelo;
Pero, solo, sentado en una piedra,
Pensó en la muerte contemplando el cielo,
Y todo encontró en él: ya consolada
Sintió su alma de esperanza henchida;
Aún tenia sus dioses y su espada

¿Qué nos queda á nosotros los deicidas?
¿Para quién trabajais, demoledores,
Al Cristo en sus altares disecando?
¿Qué dejais en su tumba, cuando al viento
Arrojais la paloma que al abismo
Eterno cae rodando?
Segun vuestro capricho un hombre, un mundo
Habeis querido hacer, y lo habeis hecho.
Perfecto aquel, grandioso es el segundo!
Nivelado está el monte á la llanura,
Todo en la férrea via despejado,
Bien cortasteis el árbol de la vida,
Todo es grande y hermoso,
Pero está vuestro ambiente envenenado.

Haceis vibrar en él voces sublimes,
En el malsano viento dispersadas,
Que derriban al idolo terrible;
Pero huyen las aves aterradas.

Murió la hipocresía — nadie quiere
En los frailes creer,—la virtud muere,
Ya nadie cree en Dios; ya nadie arguye
La nobleza de sangre,
Pero en un sitio vil la prostituye.
Pensamiento y escena intactos quedan;
Libre la inteligencia el vuelo tiende;
Pero luchas de toros quiere el pueblo.
El pobre altivo, el rico melancólico,
No es tan loco que se haga anacoreta.
Pero se encierra y un brasero enciende,
Como hizo Escousse, el infeliz poeta. (A)

V.

Cuando vió Rolla el sol de la mañana
En los cercanos techo/ reflejando,
Y oyó un pesado carretón rodando,
Al borde se apoyó de la ventana
Callado y meditando.
En roja trizas íbase la nube;
Tal si el clamor del Cristo al cielo sube,
Bajan manos del cielo
Que hacen girones su sangriento velo.

Sus no olvidadas trovas tarareaba
Un grupo de cantores ambulantes.
¡Cuánto del sufrimiento en los instantes,
Los aires que, á doce años se cantaba
Hieren el corazón, devoran todo!
¡Cuánto el alma de sí los siente lejos
Y cae la frente al contemplarlos viejos!
¡Son ellos hoy, acaso,
Fantasma de las ruinas, tus suspiros?
Ángel de los recuerdos, tus sollozos?
¡Cómo en rápidos giros
Volteaban siempre los ligeros pájaros

(A)—Escousse—Malogrado poeta francés, que á la edad de veinte años, determinó suicidarse con un amigo, y, encerrados en un cuarto, encendieron un brasero y se asfixiaron.

(N. del T.)

Sobre el palacio de oro
De infantiles amores!
¡Como saben reabrir marchitas flores
De los primeros años, y envolvernos
En fúnebres sudarios,
Ellos que antes venian á mecernos!

Volvióse Rolla y contempló á Maria
Que fatigada ya, se adormecía;
Así huían los dos su infausta suerte,
En el sueño la niña, él en la muerte.

Tal como en el otoño, blanca nieve
Al sol de la mañana se enrojece,
La espalda de la noche se estremece
Y de rubor se tiñe
Al ósculo primero,—
Tal se estremece la doncella casta
Cuando late en estío con anhelo
Su tierno corazón; el roce basta
Del ala del deseo
Para echar al pudor purpúreo velo.
En brazos de tu hermana, adormecida,
¡Radiante sol! la tierra es tu querida.
Eterna juventud hasta deseado
A fin de hacerla á ella
Eternamente bella.

Oh! golondrinas que tendéis el vuelo,
Parad! Decid ¿qué muerte ahora me espera?
¡Suicidio cruel!,..... ¡Si alas yo tuviera
Hoy para abrirlas en tan bello cielo!
Dime, naturaleza ¿qué es la aurora?
¿Un día mas qué importa á este universo?
Decidme, verdes prados, mar sombría,
Cuando el cielo en el alba se colora
¿Nada experimentais que al alma llega
Y las rodillas sin querer doblega?

¿Quién á tu sol te ha desposado, Tierra?
¿Qué dicen en su canto
Tus aves? ¿Qué es de tu rocío el llanto?
¿Porqué me dices de tu amor la suerte?
¿Qué me quereis, oh! todos,
Cuando me veis tan próximo á la muerte?

¡Porqué amar pues! ¿Porqué esa voz terrible
En la mente de Rolla se agitaba?
¿Qué acorde extraño, que éco indefinible,
Viendo la muerte allí, le murmuraba?

A él, que hasta la locura corrompido
En inmundo figon vivía al día,
Y tal como la vida despreciaba
Gloria y oficio hacia
En despreciar amor! A él, que tuvo
Esa voz por injuria; á él, que ostentaba,
Como sus cicatrices el soldado,
Con orgullo la roca de su pecho
Dó ni una pobre flor había brotado!
A él que sin hogar y sin querida
Pasó la vida en desafiar la suerte,
Al viento sacudida
Viendo su juventud, hoja caída
Al pié del árbol que tronchó la muerte!

Cuando hubo su vaso ya agotado
Y en la hora postrera
Un lecho en vil alcoba procurado
Donde muriendo blasfemar pudiera;
Cuando la eterna noche ya esperaba
El último destello de sus días,
¿Quién pues de amor al moribundo hablaba?

Cuando el águila jóven mira el vuelo
Que alza la madre, hiérquese en el nido.
¿Qué es que le incita á abandonar el suelo
Para saltar al cielo
Delante de sus ojos estendido?
¿Quién le llama en secreto y le da aliento?
Jamás abrió sus alas ni sus garras:
Sabe que águila es, y sigue el viento.
Nacen á veces almas degradadas,
Como nacen chacales y serpientes,
Que mueren revolcándose enlodadas,
Y el vientre lleno de su prole inmundas.
Natura necesita esa progenie
Para abonar la tierra que circunda
Sus tumbas, y encontrar su diamantes
Y alimentar sus cuervos devorantes.

Mas cuando amasa nobles criaturas,
Ella, que sabe como aquí se vive,
Tiene secretos para hacerlas puras
Sin que mancharlas este mundo pueda.
Broncíneo el molde, si la especie es rara,
Tenerlas puede en lodo sumerjidas,
Pues sabe que sus sus piedras de Carrara
No serán por la lluvia carcomidas.
Al vulgar pervertido se compara
Aquel que la tijera
De la madre comun cortó en los flancos
De los duros granitos:
La razón en tres años ahogar puede;
Que en la noche de su alma la serpiente
Abrirá sus anillos infinitos.

Negros Dominicanos, ¡cuántos años,
De estupidez y de silencio huraños,
Vuestras turbas sin fin enmudecieron
Cargadas de cadenas,
Hasta que por romperlas se sintieron
Con odio y libertad dentro las venas!
Así se hierguen hoy tus pensamientos,
Así es que rompen tus cadenas, Rolla,
Y huyendo al infinito, ante tus ojos
Cruzan desiertos los hachones rojos!
Aplasta ya los restos de tu vida,
Desnudo el pie desuella
En la rota botella
Y en el último brindis
De la postrer orgia
La nada ahoga en tus cansados brazos!
Oh! la nada! la nada! sombra inmensa
Que avanza sobre el sol; la luz intensa
Estinguiéndose va! La eterna noche
Del orbe ha comenzado.
Tu jamás amarás; nunca has amado!

Rolla dejó el balcon temblando y pálido.
De su tallo tronchó una pobre dalia.
"Amol dijo la flor; muero abrasada
Por los ardientes besos del cefiro
Que me hará revivir; hermoseada

Jamas estuve con la gala impura
Que mancha mi frescura.
El me besó la frente en dulce calma:
Deshójame si quieres, hiere mi alma!"

Amo! es la voz que toda la natura
En el viento murmura
Al ave que lo sigue!
Postrer suspiro que dará la tierra
Cuando se hunda en el abismo eterno,
Murmurais esa voz encantadora,
Esa voz triste, estrellas de la aurora
En la sagrada esfera!
Y de todas vosotras la mas débil,
Cuando Dios os creaba,
Para buscar al sol, su eterno amante,
Del éter la llanura atravesaba
Lanzada en los profundos
Senos de noches lóbregas;
Mas otra á ella le amaba, y al momento
El infinito número de mundos
Rodó en el firmamento,

Rolla observaba inmóvil á Maria;
Algo de extraño, y grande, y *presentido*
Tenia la mujer que allí dormia.
El corazon latia de manera
Para él desconocida: ¿esa ramera
No era tambien su hermana?
¿El roto techo de la sala oscura,
No debia asimismo amortajarla?
Y victima infeliz de igual tortura
¿No la via sangrar la misma hérida
Por dó él sentia ya perder su vida?

" En esta pobre y tierna criatura
Con languidez Resignacion camina.
Es su pena mi hermana. Ved la estatua
Que hallaré en mi sepulcro adormecida
En dulces sueños mientras yo descienda.
No despiertes jamás! aunque tu vida
Pertenezca á este suelo,
Tu sueño es puro y pertenece al cielo!

Déjame que en tus párpados lo bese;
Pobre niño, de él es que me despido,
De él que su inocencia no ha vendido,
De él que no puedo amar pues no he comprado,
De él que guarda la esencia
De tus días felices de inocencia,
De él que en dulces ensueños se entretiene
Y de sí solo la belleza tiene,

Oh! ¿no será, mi Dios, forma divina
Esa que allí reposa blandamente
Bajo leve cortina?
Si es que amor, ese cisne pasajero
Para dorar su canto necesita
De los contornos de lo real tan solo
Y algo que sobre la beldad se agita;
Si se le engaña aquí constantemente,
Y él, que no lo ignora,
Solo toma á su amada eternamente
La ilusion que alimenta su tortura,
¿Qué busco aquí? ¿La juventud, la vida
No están allí con toda su frescura?
Amor, puedes venir! ¿Qué de Maria
Hoy te puede importar? Sobre su tallo
Abrirse la flor viste,
Si eres perfume sal de tu flor triste!“

Suavemente allí al lado de Maria
Se habia el triste Rolla reclinado;
Su aliento al de ella unia,
Sus ojos sobre sus azules ojos,
Su mirar estraviado
Flotaba, remontábase y moria.

Suspirando Maria abrió sus párpados.
—Algo de extraño estaba yo soñando,
Le dijo; en este lecho despertando,
Parecia esta pieza un cementerio
Lleno de tristes plantas cenicientas
Y viejas osamentas;
Tres hombres vi en la nieve
Que un ataud traian;
Luego para rezar le deponian.

El ataúd se abrió: dentro él estabas;
Negra sangre corría por tu rostro,
Y levantándote hácia mí viniste
Y al tomarme la mano me dijiste:
“¿Porqué ocupas mi sitio, criatura?”
Y me miré sobre una sepultura.

—¿Cierto? exclamó Rolla; y bien, amiga,
Es tu sueño verdad, si bien no es bello,
Y sin estar dormida, dentro un rato
Podrás ver otra cosa semejante;
Esta noche me mató!

Maria sonriendo
Dirigió hácia su espejo la mirada,
Y pálido tras él á Rolla viendo
Mas palida quedó, triste y callada.
“Ah! dijo al fin. ¿Qué tienes esta noche?
—¿Ignoras lo que tengo mi querida?
Es que estoy arruinado desde anoche;
Solo por despedirme vine á verte;
Todo el mundo lo sabe
Y es preciso que venga ya la muerte!
—Habrás quizá jugado?
—Nó; ya estoy arruinado....
—Ay! arruinado! repitió Maria
Fijando con asombro, como estatua,
Su mirada en el suelo;
Ay! arruinado! ¿Que no tienes madre,
Ni amigos, ni parientes en la tierra
Y de matarte tratas?
Dime ¿porqué te matas?

Y ella volvióse al borde de su lecho,
¡Jamás dulce mirada
Tan dulce hubiera sido!
Flotaron en su labio unas preguntas,
Pero no osó decirlas;
Puso su frente y la de Rolla juntas,
Y recibióle un beso:
—Quisiera interrogarte en una cosa,
Dijo ella al fin; no tengo yo dinero
Pues mi madre me quita cuanto adquiero,
¿Si yo vendiese mi collar de oro?....,

¿Si hallaras en el juego
Propicia suerte luego?.....

Rolla le sonrió ligeramente,
Bebió de un frasco negro el contenido
E inclinado hácia ella suavemente,
Le dió con embeleso
En el collar un beso.
Cuándo ella alzó la pesarosa frente,
El no era mas que un ser inanimado.
En aquel beso puro
Su alma habia á otra región volado
Y ambos habian un instante amado!

RODOLFO RIVAROLA.

